

REFLEXIONES SOBRE HELIO CARPINTERO (2019).  
*ORTEGA Y GASSET, PSICÓLOGO. ENSAYOS Y  
APROXIMACIONES*

REFLECTIONS ON HELIO CARPINTERO (2019).  
*ORTEGA Y GASSET, PSICÓLOGO. ENSAYOS Y  
APROXIMACIONES*

*Gregorio Robles<sup>a</sup>*

El libro que es objeto de los siguientes comentarios se titula *Ortega y Gasset, psicólogo*, y su autor, Helio Carpintero, es catedrático de Historia de la Psicología, presidente de la Academia de Psicología de España y miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Se trata de un libro escrito por un psicólogo sobre aspectos psicológicos contenidos en la obra de un filósofo.

La obra global del profesor Carpintero es muy notable, además de relevante, y responde tanto a las exigencias de su cátedra de Historia de la Psicología como a la vocación profunda que siempre ha sentido por las humanidades y por la filosofía. Sin temor a excederme, puedo afirmar que el profesor Carpintero se caracteriza por su amplia cultura, su curiosidad ilimitada y su inclinación constante al trabajo bien hecho. Buena muestra de estas tres cosas es este libro tan sugerente cuya lectura recomiendo. Escrito con impecable estilo, dotado de una gran erudición, que demuestra bien a las claras el dominio de la bibliografía, se centra en la figura más sobresaliente de la filosofía española, para verlo en su conjunción de filósofo y psicólogo.

<sup>a</sup> Catedrático emérito de Filosofía del Derecho. Universidad de las Islas Baleares.  
E-mail: gregoriorobles@yahoo.es



Esta preocupación por la filosofía de José Ortega y Gasset, así como por su prolongación, desarrollo y matización en la obra de su discípulo Julián Marías, constituyen una característica permanente de los escritos del profesor Carpintero. Basta echar una ojeada al índice del libro que comento para percatarnos de que estos escritos sobre Ortega, que la obra recopila, van desde el año 1974 hasta el año 2012.

Me parece que el asunto principal es la vinculación entre filosofía y psicología, y en relación con él y más en concreto el de la visión de la filosofía orteguiana como una filosofía psicológica, o, por mejor decir, como una filosofía que permite y alienta la investigación psicológica.

En el libro se encuentran otros asuntos que son tratados en su relación con Ortega, tanto de autores que han influido en la psicología española como de la propia intrahistoria de esta última. Es suficiente mencionar algunos nombres que jalonan sus páginas para caer en la cuenta de la gran riqueza de la obra.

En ella encontramos abundantes y agudas referencias a psicólogos como Sigmund Freud, Alfred Adler, Wilhelm Wundt y su laboratorio psicológico de Leipzig, Carl Gustav Jung y los representantes de la *Gestalt psychologie*, como Wolfgang Köhler. Asimismo, son frecuentes las referencias a Wilhelm Dilthey, Franz Brentano y Edmund Husserl; estos autores están presentes por doquier en sus páginas. Estos tres últimos (Dilthey, Brentano y Husserl), filósofos con un fuerte componente psicologista en sus obras. El autor destaca especialmente la influencia de Husserl en el joven Ortega y cómo, paso a paso, supo desvincularse de la fenomenología.

Ortega es tratado asimismo como un intelectual de relieve que muy tempranamente se interesó por la psicología, tanto en el aspecto de las ideas como en el de su instauración institucional en España; y también en el enorme esfuerzo editorial por publicar las obras más relevantes de la psicología de la época.

Me han resultado reveladoras las páginas que el autor dedica a las relaciones de Ortega con la psiquiatría y la psicología españolas: José Germain, Gonzalo Rodríguez Lafora, Luis Valenciano y otros están presentes en sus páginas. Puede decirse que el libro, en su conjunto, presenta una panorámica de la enorme influencia que Ortega, por uno u otro camino, ha tenido en la psicología española.



La cuestión que debemos plantearnos es la siguiente: ¿a qué se debió y se debe que la filosofía de Ortega y Gasset haya tenido y tenga ese influjo tan considerable? No me refiero naturalmente a los esfuerzos institucionales o a la incentivación que Ortega ejerció sobre los psicólogos españoles. Me refiero al influjo que la índole de la filosofía orteguiana ha tenido en la psicología.

Creo que la respuesta es obvia: Ortega ha tenido gran influencia en la psicología por la naturaleza de su propia filosofía: el raciovitalismo; dicho de otro modo: el atractivo que Ortega pueda tener para los psicólogos se debe a que la materia, el objeto, sobre el que tanto aquel como estos reflexionan es exactamente el mismo: la vida humana considerada como la vida de cada cual, como biografía que hay que construir.

Bien es verdad que hay una diferencia esencial entre la perspectiva del filósofo y la del psicólogo, y que el profesor Carpintero apunta muy bien en su discurso de entrada en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, discurso que constituye el último trabajo recopilado en el libro que comento. Mientras que Ortega eleva la vida, no solo a objeto sino también a método bajo la forma de la “razón vital”, el psicólogo pretende ir más allá, al introducir en el análisis de dicha razón vital el esquema naturalista que expresa el principio de causalidad.

Al fin y al cabo, la psicología, aunque tuvo su origen, como todas las ciencias, en el tronco común de la filosofía, pretende ser una ciencia empírica, en la cual los fenómenos psíquicos sean considerados como “hechos”, y por tanto susceptibles de observación y análisis tanto causalista como funcional.

Pero, a pesar de la diferencia de método y de meta entre la filosofía de Ortega y la psicología de los psicólogos, hay un aspecto básico que hace a aquella atractiva a estos: el hacer de la vida del individuo como biografía el centro principal de reflexión. El ser en definitiva la filosofía orteguiana una filosofía psicologista, o si prefieren ustedes, una filosofía que exige, como una prolongación natural de sí misma, el cultivo de la psicología.

Helio Carpintero desentraña anatómicamente la estructura de ideas del raciovitalismo orteguiano. Parte de una metafísica según la cual la vida de cada cual constituye la realidad radical. Todas las demás realidades son realidades radicadas, lo que significa que adquieren su sentido a partir de la realidad radical, a partir de la vida de cada cual. El concepto de vida es, pues, el esencial.



No se trata de la vida biológica, sino de la vida biográfica, la cual tiene las siguientes características.

En primer lugar, la vida humana es un hacerse, tiene carácter dinámico, no es una cosa, ni tampoco una idea. Las cosas y las ideas *están* en la vida, como formando parte de la circunstancia. El conjunto de cosas e ideas radicadas en la realidad radical, que es la vida de cada uno, forma la circunstancia, con la cual cada individuo se las tiene que ver para hacer su propia vida. Por eso, Ortega destaca en la famosa frase: “yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”. Lo que quiere decir que el sujeto no es una entidad abstracta, desligada de su contorno vital, sino que este contorno forma parte esencial de su yo completo, que es el yo sujeto, protagonista de su propia vida.

La vida es, pues, proceso, formado por respuestas continuas al mundo que nos rodea, es acción que hay que decidir a cada paso, y por eso no es que el ser humano sea libre, sin más, sino que está obligado a ser libre porque, en cada momento, está obligado a decidir. Se anticipa así Ortega a afirmaciones que luego pondrá en boca Jean Paul Sartre, quien afirmó que el hombre está condenado a ser libre. Queda, sin embargo, en el aire la cuestión de si el hombre es libre cuando decide, esto es, cuando adopta la decisión concreta en cada situación. En definitiva, la cuestión de la libertad *al* decidir.

Las cosas que nos rodean, y que son realidades radicadas en la realidad radical que es la vida de cada cual, no son sino facilidades y dificultades que el entorno presenta al protagonista individual de cada vida. Esas cosas, esas facilidades y dificultades, no son solo exterioridades al individuo, sino asimismo su cuerpo y su psique. Cada cual se las tiene que ver con su mundo exterior, y también con su cuerpo y con su temperamento y su carácter, además de con el medio familiar y social que le rodea; esto es, con los otros.

La vida es un drama en el cual a su protagonista no le queda otro remedio que ir decidiendo a cada paso lo que va a hacer, pensar o sentir en el momento siguiente. Y para eso tiene que contar con el conjunto de facilidades aludido, donde se encuentran los otros: el “tú” de la relación interpersonal, el “nosotros” de las relaciones grupales, el “ellos”, con sus relaciones impersonales.

Ahora bien, ese cúmulo de decisiones que conforman la vida de cada cual el ser humano lo toma en vista de un proyecto vital, de un proyecto que le impulsa a ser el que es. La idea de proyecto y la consiguiente de vocación



orientan la vida auténtica del sujeto. Helio Carpintero recuerda muy bien la diferencia entre vida auténtica y vida inauténtica, otro de los puntales de la antropología filosófica de Ortega. Vida auténtica es aquella que proyecta y sigue en efecto el sujeto que se propone ser el que en verdad es, sin fijarse en lo que los demás hagan o dejen de hacer, aunque contando con ellos y haciendo caso omiso de las críticas ajenas, mientras que la inautenticidad vicia el proceso vital cuando el individuo no se plantea en serio su vocación, sino que sigue las pautas que dominan en la sociedad. Prototipo del hombre inauténtico es el hombre-masa.

A la realidad del hombre-masa dedica el profesor Carpintero párrafos llenos de sentido y sabiduría. El hombre-masa aparece retratado con maestría en la obra que Ortega publicara en 1929 *La rebelión de las masas*. No es un concepto clasista, como a veces se ha interpretado, sino una categoría antropológica y moral. Se parte de un concepto: la sociedad de masas, que es aquella que ha perdido la estructura esencial de toda sociedad que merezca este nombre, esto es, de toda sociedad en la que mandan las élites egregias.

Cuando las masas humanas invaden los espacios vitales, tanto públicos como privados, no dejando lugar para el desarrollo de lo individual sobresaliente, de lo individual egregio, los individuos que forman la masa se erigen en una verdadera tiranía, no solo desde el punto de vista político, que también puede suceder y sucede, sino lo que es más grave: desde la perspectiva social; y quien dice social, dice moral. Se imponen los gustos de las masas en todo, en las conversaciones diarias, en las costumbres, en la ética, en la moda, en los modos de pensar. Aparece entonces el reino agobiante de lo inauténtico, la opresión kafkiana de lo impersonal que se impone avasalladoramente sobre la autenticidad de lo personal, sobre lo individual egregio, en suma, sobre la creatividad.

En esta temática del hombre-masa tiene Ortega puntos de contacto con otros autores, como Martin Heidegger, o como Gustave Le Bon.

Con el autor de *Sein und Zeit* (*Ser y Tiempo*), libro publicado en el año 1927<sup>1</sup>, contacta Ortega en cuanto que el hombre-masa representa la vida

<sup>1</sup> Del que disponemos dos traducciones al español: la primera de José Gaos, Fondo de Cultura Económica, México, 1951; la segunda de Jorge Eduardo Rivera Cruchaga, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997.



inauténtica, es el hombre que sigue el “se” impersonal y que no se plantea individualmente su propio proyecto de vida. El hombre-masa es un ser socializado, en el sentido de que no tiene propiamente una sustancia propia, individual, sino que sigue las pautas tal como aparecen en la sociedad. Hace lo que “se hace”, piensa lo que “se piensa”, aspira a lo que “se aspira”, siente lo que “se siente”. Este “se” impersonal, representado por la partícula impersonal “man” heideggeriana, como cuando decimos “mansagt”, “mandenkt” o “manfühlt”: “se dice”, “se piensa” o “se siente”, tiene para Ortega un sujeto: la gente.

La gente somos todos y nadie en concreto, es la sociedad como contorno indefinido que nos rodea, como una niebla omnipresente y agobiante, y que nos impone sus gustos y sus modos de pensar y de sentir. Pero hay una diferencia básica entre Heidegger y Ortega. Mientras que el alemán hunde su filosofía de la existencia en la angustia descreída y en el fondo nihilista, y por eso es “existencialista”, el filósofo español permite una salida hacia lo auténtico, hacia la creatividad, por mucho que la realidad social sea opresora para el espíritu auténtico y creativo. Heidegger cae en el irracionalismo filosófico; Ortega, por el contrario, salva la razón en cuanto “razón vital”.

Se trata esta última de una razón alejada del idealismo, pero asimismo del objetivismo clásico. Es una razón “comprensiva”, en un sentido similar al que Wilhelm Dilthey otorgó a la “razón histórica”. Recordemos ahora que Dilthey hizo de la psicología la ciencia básica para entender los problemas históricos y que, por tanto, la razón histórica por él propugnada viene a ser algo así como una razón psicológica que permite al investigador comprender los acontecimientos históricos trasmigrando a los espíritus de quienes fueron sus protagonistas, empatizando con ellos. Ninguno de nosotros es Napoleón, pero todos podemos entender a Napoleón haciendo el esfuerzo que nos permite esta psicología comprensiva.

Gustave Le Bon, por su parte, había publicado un libro en 1895 que atrajo sobremanera a Ortega: *La Psychologie des foules*, que podemos traducir como *La Psicología de las masas* o *de las muchedumbres*. Este libro dio origen en Europa, y en particular en Alemania, a toda una bibliografía que podemos denominar “Sociología de las masas” o “Sociología de la sociedad masificada”.



Baste mencionar ahora los conocidos trabajos de Gerhard Colm, *Die Masse. Ein Beitrag zur Systematik der Gruppe* (*La masa. Contribución a la sistemática del grupo*), publicado en el influyente *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, en 1924, así como la voz *Masse* ('Masa'), aparecida en el famoso *Diccionario de Sociología* dirigido por Alfred Vierkandt en 1931, diccionario que –en palabras de su prologuista, Helmut Schelsky– viene a ser una especie de *summa* de la sociología alemana del primer tercio del siglo xx.

Y, sobre todo, hay que mencionar el libro de Theodor Geiger *Die Masse und ihre Aktion – Ein Beitrag zur Soziologie der Revolutionen* (*La masa y su acción – contribución a la Sociología de las revoluciones*), publicado en la editorial Enke, de Stuttgart, en 1926. Geiger usa el término *Massengesellschaft*, sociedad de masas o sociedad masificada, para referirse a la sociedad contemporánea<sup>2</sup>.

No pretendo con los datos anteriores sino dar a entender el contexto intelectual, así como el enorme interés que Ortega tuvo por la bibliografía alemana y por las corrientes que el pensamiento teutón producía en esa época, tan rica y variada en todos los aspectos. Pues bien, mientras que Le Bon se plantea la cuestión de la psicología –o mejor, de la psicología social– de las muchedumbres, y los autores alemanes citados se plantean la cuestión de la sociología de la sociedad masificada, o sea, cómo operan las masas humanas como sujetos colectivos, en Ortega sobresalen los aspectos antropológicos y morales, y, en definitiva, los que actúan más directamente sobre la psicología de los individuos. El objeto de reflexión es el mismo: la sociedad masificada; pero el enfoque es diferente, aunque en los resultados haya puntos notables de contacto.

Esto enlaza con otro de los hilos sustanciales que destaca el profesor Helio Carpintero. Me refiero a la conexión existente entre Ortega y destacados psiquiatras como Sigmund Freud y sus discípulos, por ejemplo Alfred Adler. Que desde su juventud Ortega se sintió enormemente atraído por las cuestiones psicológicas es una realidad innegable a la vista de sus publicaciones y de sus cursos, algunos de los más relevantes aparecerán en papel impreso

<sup>2</sup> Sobre Theodor Geiger puede verse Gregorio Robles. *La Sociología de Theodor Geiger*. Santiago de Chile: Ediciones Olejnik, 2019.





como obras póstumas. Me refiero sobre todo a su *Sistema de Psicología* y a sus *Investigaciones psicológicas*.

Alfred Adler fue discípulo de Freud y, al igual que pasó con Jung, se distanció del maestro al poner en entredicho la tesis determinista de la libido sobre los comportamientos humanos. Adler desarrolló una teoría de los complejos psicológicos que tuvo cierto éxito, teoría según la cual la lucha psicológica de todo ser humano se explica por el complejo de inferioridad que, según él, a todos nos afecta. Cada cual enfrenta dicho complejo a su manera, quiero decir que para Adler todos reaccionamos ante este sentimiento de inferioridad con distintas armas y actitudes, siendo una de ellas, en aparente paradoja, el complejo de superioridad, que no es otra cosa que una reacción sobreactuada contra el sentimiento de inferioridad que nos puede dominar. Pues bien, Adler publicaría en 1930, por tanto un año después de la obra de Ortega *La rebelión de las masas*, su conocido libro *Die Seele des schwererziehbaren Schulkindes*, literalmente *El alma del escolar de educación difícil*, libro que se publicaría en inglés en 1963 con el título *The problem child*, literalmente *El niño problemático*<sup>3</sup>.

La conexión entre Ortega y Adler está en lo siguiente: mientras que este último se fija en los caracteres individuales del niño difícil, Ortega explica la psicología del hombre-masa tomando la figura del niño mimado. Su examen no tiene desperdicio. El hombre-masa es similar al niño mimado: no tiene conciencia alguna de sus deberes, sino solo del reclamo de sus derechos, cree que se lo merece todo, sin hacer nada por conseguirlo, desconoce absolutamente el esfuerzo civilizatorio que ha supuesto a la humanidad llegar a donde ha llegado en sus inventos tanto técnicos como institucionales, desdeña el esfuerzo y cree que todo lo que se encuentra como facilidades para su vida está ahí como están las peras en los perales, proclama su primacía por encima de todos y no respeta ni venera la tradición ni a sus antepasados. El hombre-masa, característico de la sociedad de hace un siglo y también de la actual, viene a decir Ortega, es un tipo insoportable, destructor y ridículo, pero él ni siquiera lo sabe, va revestido con la coraza de la inautenticidad. Es el señorito

<sup>3</sup> *El niño difícil*, traducción española de Guillermo Solana Alonso. Madrid: Espasa-Calpe, 1975.





satisfecho. Me parece que se apunta claramente a la patología psicológica del narcisismo, característico de la edad que nos ha tocado en suerte.

En fin, estos y otros asuntos vienen tratados en el libro que presentamos, formado por un conjunto de estudios y ensayos en los que cabe al lector ir eligiendo lo que más le plazca, a tenor de sus intereses o de sus curiosidades. Reitero mi recomendación de su lectura y estudio. Y al profesor Carpintero es de justicia darle la enhorabuena que merece, ya que este libro demuestra una labor incesante así como una línea de trabajo intelectual nunca abandonada por él. Es este, se puede decir, un rasgo del profesor Carpintero que demuestra que, efectivamente, es una persona que no solo tiene su propio proyecto vital, sino que, además, lo va cumpliendo.

